

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

Un caso práctico

Se lee en *L'Express*, de Lieja.

«Una noticia de grandes consecuencias para la industria cristalera belga: la *Gazette* anuncia la formación de un sindicato europeo que acaba de comprar por 12.500.000 francos los derechos del inventor de una máquina para soplar las botellas.

«Hasta el presente se necesitaba para cada horno un personal de 75 obreros; con la nueva máquina, para hacer su tarea de 15.000 botellas diarias, bastan 3 personas.»

Supongamos que cada uno de los 75 obreros del horno antiguo ganaban 5 francos diarios, suman 375 francos.

Con la nueva máquina, las tres personas que la sirvan, que ni siquiera serán obreros cristaleros sino que pueden ser tres individuos cualquiera, tres esquirols quizá, podrán costar 15 francos diarios.

De 15 a 375 van 360, que representa en francos la ganancia diaria que de esa máquina, no ya invención del autor que ha cobrado 12 millones y medio por ella, sino resumen de los conocimientos científico-industriales de la humanidad entera, obtendrán los burgueses cristaleros. ¿Y los trabajadores?

Han convenido los burgueses que escriben libros ó crónicas periodísticas sobre eso que llaman economía política y quieren elevarlo a la categoría de ciencia social, que todo i vento, que toda aplicación de la ciencia al trabajo beneficia a la humanidad... pero en el caso presente el beneficio sólo corresponde a los socios del sindicato europeo monopolizador de la máquina. Y sino, pregúntesele a los obreros de cada uno de los grupos de 75 obreros que van a aumentar las masas de miles y miles de trabajadores parados á causa del progreso de la maquinaria.

Y el caso presente no es más que una especie de botón de muestra, porque ¿de cuántos casos se formará ese estado social que produce archimillonarios como los que se hallan en todas las naciones modernas y hambrientos como los que pululan por sus campos y poblaciones, tienen en constante alarma á la policía y la gendarmería internacional y sirven de mercancía para la trata de blancos que va poblando las Américas y todas las colonias?

Los tales casos tienen ya origen antiguo: los romanos, como ya se ha dicho tantas veces, dividían los hombres en hombres-persona y hombres-cosa, y esa división social antigua, á pesar del cristianismo y de la democracia, está en las costumbres, está en las leyes, aunque sea letra muerta en la Constitución.

De ahí que se diga con triste verdad que el jornalero de nuestros días sea el continuador del esclavo y del siervo de los tiempos pasados.

En todo esto no hay nada nuevo: todo trabajador, si no lo sabe á fondo, lo ha leído ó lo ha oído muchas veces, pero desgraciadamente no ha sido aún suficiente causa determinante de la voluntad colectiva del proletariado, sin duda porque esa mole proletaria, amasada ó conglomerada por el atavismo y la ignorancia, es todavía harto pesada y la fuerza intelectual que ha de moverla, disgregarla y dar energía é iniciativa á los individuos es todavía poco eficaz.

Por si pudiera adelantarse un poco en el asunto me ocurre esta idea: supóngase cada lector obrero que forma parte de uno de los grupos de 75 obreros cristaleros reemplazados por la máquina y, por tanto, él y su familia privados de todo medio de vida, suposición que no dista de la realidad para los trabajadores de cada oficio más que el simple cálculo de un ingeniero, ¿qué haría?

Vamos caminando de suposición en suposición: podría ser socio de un montepío para enfermos, de una sociedad para jubilación de la ancianidad, de una cooperativa de consumo, de una sociedad de apoyo mutuo, de un sindicato de resistencia... de todas partes sería dado de baja por mal pagador. Y así, al cabo de poco tiempo, hambriento, andrajoso y después de haber visto que la muerte le arrebatara seres queridos, sin amigos, sin compañeros y con el cerebro atrofiado y el corazón frío sería un paria más de esos que, á semejanza de los de la India, viven en el abismo

MITIN

contra la Bastilla Catalana

LA BARBARIE EN LA CARCEL

Al Pueblo:

Por humanidad, ya que no por justicia, es necesario poner coto á la crueldad con que los reclusos son tratados en la Carcel Modelo de Barcelona.

A los rigores, á la crueldad inaudita anexas al régimen celular únense en la Bastilla Catalana la feroz paliza aplicada con saña salvaje, el confinamiento en subterránea y oscura mazmorra

A los frutos funestos de la reclusión celular, la tuberculosis, la idiotez, la locura, la muerte lenta, únese el suicidio provocado por la tortura física, como un medio supremo para escapar á tanta infamia.

El silencio culpable de la prensa burguesa sirve de pabellón protector á los torturadores.

No podemos, no debemos, no queremos consentir que tales crueldades continúen.

Las autoridades, la Junta local de cárceles hacen caso omiso de las continuadas denuncias de la prensa obrera.

Para que el pueblo, directamente interesado, puesto que él, y solo él, sufre los rigores del régimen celular, intervenga obligando á las autoridades á que cese un estado en absoluto contrario á los más elementales principios de cultura, se convoca á todos al

Gran mitin

que se celebrará en el local de la Bohemia Modernista, Casanova, 1 y 3 el próximo domingo día 24 á las diez de la mañana.

El Grupo 4 de Mayo

Editor de TIERRA Y LIBERTAD

Nota.—El notable abogado D. José Puig de Asprer que tan activa parte tomó en la anterior campaña contra el modelo, se ha puesto incondicionalmente al lado de los organizadores de este acto.

adonde no llega el movimiento de la evolución progresiva de la humanidad.

¿Os parece exagerada la suposición? Pues no, no es exagerada; la realidad va más lejos aún: ante todo, cada trabajador asociado, para dirigirse al objetivo de su sociedad, paga una cuota, y el título de compañero—hermosa palabra que significa «aquél con quien uno se parte el pan»—tiene una tasa, la cuota pagada, sin la cual no hay compañerismo, sino expulsión, despojo de un derecho por incumplimiento de un deber imposible de cumplir. Y como al paso que vamos los obreros de hierro—que así pueden llamarse las máquinas—van reemplazando á los de carne y hueso, se está en camino de la realización de un absurdo inconcebible, la supresión del salariado por innecesario, y pronto no quedará un compañero por un ojo de la cara, porque montepíos, sociedades de previsión, cooperativas, casas del pueblo y todo género de tertulias proletarias pueden haber pasado á la historia, y sólo quedarán aquellas masas de obreros que la muerte vaya respetando, quienes, desmayados y abúlicos, sólo son capaces de resoluciones como la adoptada por aquellos hambrientos de la República modelo, que se propusieron afuir á Washington de todos los Estados de la Unión y dejarse morir de hambre á las puertas del Parlamento, y si no lo realizaron fué porque los soldados republicanos, como quien espanta moscas, los ahuyentaron para que fueran á morirse diseminados sin alterar el orden.

Está muy bien el grito de Marx: ¡Trabajadores del mundo, asociados! Pero ya resulta una antigualla, hoy que todo está á punto de hacerse á máquina y que hasta se han inventado máquinas para hacer máquinas.

Va siendo necesario plantear el problema social en el concepto puramente humano, fuera del terreno de la organización racional del trabajo y de la distribución de los productos, tomando como únicos factores el hombre y el patrimonio universal para que su solución salte sobre toda legislación, sobre toda moral convencional, sobre toda hipocresía, y resulte humana, racional y científica.

Un principio de solución teórica dió no hace mucho un diputado inglés ante una multitud de hambrientos de Londres; diciendo en resumen que lo que hay en el mundo no pertenece exclusivamente á los beneficiarios del derecho de accesión que se hallan inscriptos en el registro de la propie-

dad; pero el diputado sufrió una pena del reglamento parlamentario por demagogo y rebelde, y los hambrientos le escucharon bostezando de gana.

Poca cosa, porque mientras los grandes problemas revolucionarios sean planteados por privilegiados ante multitudes de papamoscas poco habremos adelantado.

Al fin sigue siendo verdad que la emancipación de los trabajadores y aun de los ex-trabajadores ha de ser obra de los trabajadores y de los ex-trabajadores mismos.

ANSELMO LORENZO

¿Dónde vas?

¿Qué haces tú, pobre paria del campo?

Yo me levanto al alba cuando los gallos entonan su alegre matinal y apenas se entreven en el horizonte las colinas. Unzo los grandes bueyes rojos y me apresto á romper la costra endurecida por la tórrida estación. Sobre las punzantes espinas mis pies se ensangrientan y sobre los surcos duramente escarchados, la mano callosa, con alterno vaivén, esparce el grano, la avena y el trigo.

Cuando llega el invierno, cuando la ráfaga helada rompe el secreto y á miles corta las hojas, como el tronco de un viejo acero, yo paso la vida. Desde el invierno que desnuda colinas y llanuras, hasta el estío que las reviste de pámpanos y hojas; desde el alba llena de cándidos fulgores hasta la noche cubierta de sombras y de misterio por los campos sin fin, sin tregua y trabajo gimo. Es mi comida un pedazo de pan negro y un poco de tocino rancio, y en los raros días de fiesta, algunas veces, un pequeño bocado de carne.

¿Dónde vas?

Á la ruina. La filoxera despoja la vid y la torca estéril, y el grano que yo estoy obligado á vender por una irrisión debo comprarlo á peso de oro.

¿Dónde voy?

Á la ruina, á la miseria, después de haber siempre sudado, trabajado y sufrido.

¿Qué haces tú, pequeño operario del subterráneo?

¿Qué hago yo? Es todavía oscura la noche cuando visto de pobres retazos los débiles miembros rotos por la fatiga, y descendiendo con mi pálida compañera á la ciudad inmensa confundido con el rebaño de los muchos que se levantan antes que el sol, y con los brazos caídos y paso pesado se dirigen al taller donde la máquina hermosa, bruñida, harta de aceite y carbón, les llama sin tregua y sin piedad.

Sufro duramente, largamente, por un escaso salario; y á pesar de sus penas horribles, son estos mis mejores días. Cuando el trabajo falta,

falta el pan, el hambre se hiergue inexorable sobre nuestros tugurios y al pesar del ocio forzado agréganse los lamentos de la compañera y de los hijos que en vano piden el acostumbrado bocado de pan.

¿Dónde vas?

Hacia la vejez miserable. El salario me da apenas el pan cotidiano y los largos y amargos días del ocio forzado mandan al Monte de Piedad el reloj, los pobres lienzos de la casa, la cubierta del pobre lecho; mandan algunas veces al cementerio, muertos por la inanición y la fiebre, los hijos exánimes.

Voy donde van todos los parias como yo; á la ruina, á la miseria después de haber siempre sudado, trabajado y sufrido.

¿Qué haces tú, pequeña obrera de grandes ojos garzos, de pupilas ardientes de sueño y de anemia, de grandes rizos rubios que como un rimbo rodean tu frente pálida y descolorida por la clorosis?

¿Qué hago? Como el hermano, como el compañero, como el amante, como mi padre, corro ansiosa hacia la ciudad inmensa que loquea, goza y ríe. Al alba he calzado los zapatos destrozados, he vestido el trajecito recortado de viejos trozos sobre el último figurín.

Voy hacia la gran ciudad, al taller. Allí donde por espacio de doce ó quince horas continuas, sin aire y sin sol, mis pequeñas manos hacen correr la aguja veloz, repliegan las mórbidas sedas, levantan sobre frágiles hilos el misterioso artificio de las flores, bruñen el oro y la plata ó imprimen al volante de la máquina—que lentamente nos mata—el ímpetu de la carrera vertiginosa. La comida escasa y rápida del mediodía y de la noche no repone los glóbulos rojos en las venas exhaustas.

¿Dónde voy? Con mis compañeras atravieso las grandes calles inundadas de luces. Nos siguen, nos asedian viejos y jóvenes con sonrisas, con promesas dealumbrantes. En tanto ¡ay de mí! nuestras filas se clarean. En los días tristes en que el trabajo falta, las unas salen para el hospital, por esputar los pulmones deshechos, para reposar de una vez para siempre sobre la modesta mesa del anfiteatro anatómico; las otras... desfilan por las habitaciones amuebladas... ¡quién sabe dónde; quién sabe cómo van á concluir!

¿Dónde vas? Donde van á concluir todas las hijas del obrero; sobre la acera de la calle, en el prostíbulo, en el hospital.

¿Dónde voy? A la ruina, á la miseria, después de haber siempre trabajado, sudado y sufrido.

¿Dónde vas?

¿Dónde voy? Donde me conducen ó me mandan: á la guerra, á las maniobras, á la represión, á la frontera, hasta que un día la fiebre no me reclina alguna triste noche sobre las márgenes de una llanura desierta donde yo repose para siempre rígido, con el rostro pálido en una monstruosa laguna de sangre.

Y cuando así no sea, retornaré un día á los campos, al taller donde sufren y me esperan mis hermanos, y con ellos á la ruina, á la miseria después de haber siempre sudado, trabajado y sufrido.

¿Qué haces tú, soldado?

Arrastro por el cuartel la inútil existencia, dócil á la ruda voz de los superiores galoneados á quienes obedezco como una máquina, estúpidamente. Pienso calladamente, hablo más bajo todavía: no tengo un céntimo y me paseo ocioso y triste por las calles de la ciudad en que estoy de guarnición. Manejo el fusil que mata, y recuerdo el arado que hace vivir, mientras la corneta del cuerpo de guardia me dice á cada instante que mi voluntad es muerta.

¿Dónde vas?

¿Dónde voy? Donde me conducen ó me mandan: á la guerra, á las maniobras, á la represión, á la frontera, hasta que un día la fiebre no me reclina alguna triste noche sobre las márgenes de una llanura desierta donde yo repose para siempre rígido, con el rostro pálido en una monstruosa laguna de sangre.

Y cuando así no sea, retornaré un día á los campos, al taller donde sufren y me esperan mis hermanos, y con ellos á la ruina, á la miseria después de haber siempre sudado, trabajado y sufrido.

¿Dónde vais todos vosotros que no tenéis ni tierra, ni casa, ni dinero ni utensilios?

¿Dónde vamos? Allí de donde venimos: al trabajo, á la miseria.

Nosotros somos el inmenso rebaño que todo lo crea, que todo lo produce y nada posee, y no recoge sino dolores, y no tiene sino lágrimas, lutos y vergüenza, y somos perseguidos como malhechores porque reclamamos un poco de descanso, de sol, de pensamiento, de pan y de libertad.

G. M.

Los únicos...

Dijo el Sr. Badía Matamala en el mitin celebrado el 14 del corriente por la sociedad de obreros carreteros, que, entre otras, llevaba las representaciones de *Solidaridad Obrera* y *La Internacional*, los únicos periódicos defensores de la clase obrera barcelonesa.

Al principio creí que era una equivocación, pero luego se afirmó repitiendo lo dicho.

¿De dónde saca el susodicho Badía Matamala tal afirmación? Tratárase solamente